

la consulta, y estaba aguardando, que descubriese por alguna parte; y halo hecho agora con esto tan abiertamente, que no sé yo ciego que no lo vea; y si Loaisa no abre con esto los ojos, será muy más que ciego. La pena de los carnales es donosa, harto mejor establecida fuera contra los ambiciosos. El blanco de la carta hinchieron como Vm. escribe, porque en la que escribieron á estas Madres lo he visto. Jueces son menester, digo, Jueces, y Jueces mil veces, y el no haber hincado el pié en esto, es causa de esto que cada dia crece. Pluguiera á Dios, Señor, que esas Madres quisieran exentarse de ellos, y ser regidas como lo fué su primer monasterio, que así se conservarían en su pureza, y vivieran en paz. Aquí les han dicho, que sus Constituciones están confirmadas en Roma, y que el Papa las dió al General, y el General las envió al Vicario: no lo puedo creer, ni que el señor Doctor las haya dejado venir por otra mano que la suya. Vm. me avise de lo que en ello hay, y de Lisboa me diga también lo que pasa, y ponga espuelas á ese lerdito de su deudo, que vuelva por sí, y por la causa pública de su Orden, que esto que envían en las cartas es un libelo del infierno. Yo no sé si aquellos Padres con cuyo consejo se hace y escribe, tienen seso, ó consciencia, que lo uno ó lo otro falta allí, ó ambas cosas, para acertar mejor. Dios los alumbre, y guarde á Vm. en su santo servicio. Salamanca, 18 de Julio de 90.

Fr. Luis de León.



Á LAS MADRES

PRIORA ANA DE JESUS,

Y RELIGIOSAS CARMELITAS DESCALZAS DEL MONASTERIO
DE MADRID.

EL M. FR. LUIS DE LEON,

SALUD EN JESUCRISTO (1).

Yo no conocí, ni ví á la Madre Teresa de Jesús mientras estuvo en la tierra, mas agora que vive en el cielo, la conozco y veo casi siempre en dos imágenes vivas, que nos dejó de sí, que son sus hijas, y sus libros; que á mi juicio, son también testigos fieles, y mayores de toda excepción, de su grande virtud. Porque las figuras de su rostro, si las viera, mostráranme su cuerpo; y sus palabras, si las oyera, me declararían algo de la virtud de su alma: y lo primero era común, y lo segundo sujeto á engaño, de que carecen estas dos cosas, en que la veo agora. Que como el Sabio dice (Eccles., c. xi, v. 30): *El hombre en sus hijos se conoce*. Porque los frutos, que cada uno deja de sí, cuando falta, esos son el verdadero testigo de su vida, y por tal le tiene Cristo, cuando en el Evangelio, para diferenciar al malo del bueno, nos remite solamente á sus frutos: *De sus frutos*, dice (Matth., capit. viii, v. 16), *los conoceréis*. Así que la virtud, y santidad

(1) Esta carta dedicatoria se imprimió con las obras de Santa Teresa en la primera edición que de ellas hizo el M. Fr. Luis de León en Salamanca, año de 1588, en la imprenta de Guillelmo Foquel; y se ha reimpresso siempre al frente de las mismas obras. Pero en la edición de 1611, por Luis Sanchez, en Madrid, se suprimieron dos largos párrafos, cuyo defecto se halla igualmente en casi todas las ediciones posteriores hasta nuestros dias. Los restituimos ahora, y damos la carta íntegra, como en la primera impresión.

de la madre Teresa, que viéndola á ella, me pudiera ser dudosa, é incierta; esa misma agora no viéndola, y viendo sus libros, y las obras de sus manos, que son sus hijas, tengo por cierta y muy clara. Porque por la virtud que en todas resplandece, se conoce sin engaño la mucha gracia, que puso Dios en la que hizo para Madre de este nuevo milagro, que por tal debe ser tenido, lo que en ellas Dios agora hace, y por ellas.

Que si es milagro lo que aviene fuera de lo que por orden natural acontece, hay en este hecho tantas cosas extraordinarias, y nuevas, que llamarle milagro es poco, porque es un ayuntamiento de muchos milagros. Que un milagro es, que una mujer, y sola, haya reducido á perfección una Orden en mujeres, y en hombres. Y otro, la grande perfección á que los redujo. Y otro, y tercero, el grandísimo crecimiento á que ha venido en tan pocos años, y de tan pequeños principios: que cada una por sí, son cosas muy dignas de considerar. Porque no siendo de las mujeres el enseñar, sino el ser enseñadas, como lo escribe San Pablo (I. ad Corinth., cap. xiv, vv. 34 y 35), luégo se ve, que es maravilla nueva una flaca mujer tan animosa, que emprendiese una cosa tan grande; y tan sabia, y eficaz, que saliese con ella, y robase los corazones que trataba, para hacerlos de Dios, y llevase las gentes en pos de sí á todo lo que aborrece el sentido. En que, á lo que yo puedo juzgar, quiso Dios en este tiempo, cuando parece triunfa el demonio en la muchedumbre de los infieles, que le siguen, y en la porfía de tantos pueblos de herejes, que hacen sus partes, y en los muchos vicios de los fieles, que son de su bando; para envilecerle, y para hacer burla de él, ponerle delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una mujer pobre, y sola, que le desafiase, y levantase bandera contra él, é hiciese públicamente gente que le venza, y huelle, y acocee: y quiso sin duda para demostración de lo mucho que puede, en esta edad; adonde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios, y otros con sus perdidas costumbres aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos, y ordenase las costumbres de muchos, que cada día crecen para reparar estas quiebras. Y en esta vejez de la Iglesia tuvo por bien demostrarnos, que no se

envejece su gracia, ni es agora ménos la virtud de su espíritu, que fué en los primeros y felices tiempos de ella; pues con medios más flacos en linaje que entonces, hace lo mismo, ó casi lo mismo, que entonces.

Porque (y este es el segundo milagro) la vida en que Vuestras Reverencias viven, y la perfección en que las puso su Madre, ¿qué es sino un retrato de la santidad de la Iglesia primera? Que ciertamente lo que leemos en las historias de aquellos tiempos, eso mismo vemos agora con los ojos en sus costumbres; y su vida nos demuestra en las obras, lo que ya por el poco uso parecía estar en solo los papeles y las palabras; y lo que leído admira, y apenas la carne lo cree, agora lo ve hecho en Vuestra Reverencia, y en sus compañeras, que desasidas de todo lo que no es Dios, y ofrecidas en solos los brazos de su Esposo divino, y abrazadas con Él, con ánimos de varones fuertes en miembros de mujeres tiernos, y flacos, ponen en ejecución la más alta y más generosa filosofía, que jamás los hombres imaginaron; y llegan con las obras adonde en razón de perfecta vida, y de heróica virtud, apenas llegaron con la imaginación los ingenios; porque huellan la riqueza, y tienen en odio la libertad, y desprecian la honra, y aman la humildad y el trabajo. Y todo su estudio es con una santa competencia procurar adelantarse en la virtud de continuo, á que su Esposo les responde con una fuerza de gozo, que les infunde en el alma, tan grande, que en el desamparo y desnudez de todo lo que da contento en la vida, poseen un tesoro de verdadera alegría, y huellan generosamente sobre la naturaleza toda, como exentas de sus leyes, ó verdaderamente como superiores á ellas: que ni el trabajo las cansa, ni el encerramiento las fatiga, ni la enfermedad las decae, ni la muerte las atemoriza ó espanta, antes las alegra y anima. Y lo que entre todo esto hace maravilla grandísima, es el sabor, ó si lo tenemos de decir así, la facilidad con que hacen lo que es extremadamente dificultoso de hacer; porque la mortificación les es regocijo, la resignación juego, y pasatiempo la asperéza de la penitencia. Y como si anduviesen solazando, y holgando, van poniendo por obra lo que pone á la naturaleza en espanto, y el ejercicio de virtudes heróicas le han convertido en un entretenimiento gustoso, en que muestran bien por

la obra la verdad de la palabra de Cristo, que su yugo es suave, y su carga ligera. Porque ninguna seglar se alegra tanto en sus aderezos, quanto á Vuestras Reverencias les es sabroso el vivir como ángeles. Que tales son sin duda, no sólo en la perfección de la vida, sino también en la semejanza y unidad que entre sí tienen en ella, que no hay dos cosas tan semejantes, quanto lo son todas entre sí, y cada una á la otra: en la habla, en la modestia, en la humildad, en la discreción, en la blandura de espíritu, y finalmente en todo el trato y estilo. Que como las anima una misma virtud, así las figura á todas de una misma manera; y como en espejos puros, resplandece en todas un rostro, que es el de la Madre santa, que se traspaşa en las hijas.

Por donde, como decía al principio, sin haberla visto en la vida, la veo agora con más evidencia; porque sus hijas, no sólo son retratos de sus semblantes, sino testimonios ciertos de sus perfecciones, que se les comunican á todas, y van de unas en otras con tanta presteza acudiendo, que (y es la maravilla tercera) en espacio de veinte años, que puede haber desde que la Madre fundó el primer monasterio, hasta esto que agora se escribe, tiene ya llena la España de monasterios, en que sirven á Dios más de mil religiosos, entre los cuales Vuestras Reverencias, las Religiosas, relucen como luceros entre las estrellas menores. Que como dió principio á la reformación una bienaventurada mujer, así las mujeres de ella, parece que en todo llevan ventaja; y no solamente en su Orden son luces de guía, sino también son honra de nuestra nación, y gloria de aquesta edad, y flores hermosas que embellecen la esterilidad de estos siglos, y ciertamente partes de la Iglesia de las más escogidas, y vivos testimonios de la eficacia de Cristo, y pruebas manifiestas de su soberana virtud, y expresos dechados, en que hacemos casi experiencia de lo que la fe nos promete. Y esto quanto á las hijas, que es la primera de las dos imágenes.

Y no es menos clara, ni menos milagrosa la segunda imagen, que dije, que son las escrituras, y libros: en los cuales, sin ninguna duda, quiso el Espíritu santo, que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo. Porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata,

excede á muchos ingenios: y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo, que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así siempre que los leo, me admiro de nuevo, y en muchas partes de ellos me parece, que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo, sino que hablaba el Espíritu santo en ella en muchos lugares, y que la regía la pluma, y la mano: que así lo manifiesta la luz, que pone en las cosas oscuras, y el fuego, que enciende con sus palabras en el corazón que las lee.

Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos, que hallan los que leen estos libros, dos son á mi parecer, los que con más eficacia hacen. Uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud: y otro, encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque en lo uno, es cosa maravillosa ver cómo ponen á Dios delante los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil, para ser hallado, y tan dulce, y tan amigable para los que le hallan: y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras pegan al alma fuego del cielo, que la abrasa y deshace. Y quitándole de los ojos y del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime, ni precie, déjanla, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada, y, si se puede decir así, tan ansiosa del bien, que vuela luego á él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por donde quiera que pasan.

De Vuestras Reverencias, entiendo yo, son grandes testigos, porque son sus dechados muy semejantes: porque ninguna vez me acuerdo leer en estos libros, que no me parezca oigo hablar á Vuestras Reverencias; ni al revés, nunca las oí hablar, que no se me figurase que leía en la Madre. Y los que hicieron experiencia de ello, verán que es verdad: porque verán la misma luz y grandeza de entendimiento en las cosas delicadas, y dificultosas de espíritu; la misma facilidad, y dulzura en decir las, la misma destreza, la misma discreción: sentirán el mismo fuego de Dios, y concebirán los mismos

deseos: verán la misma manera de santidad, no placera ni milagrosa, sino tan infundida por todo el trato en sustancia, que algunas veces, sin mentar á Dios, dejan enamoradas de Él á las almas.

Ansí que tornando al principio, si no la ví mientras estubo en la tierra, agora la veo en sus libros y hijas. O por decirlo mejor, en Vuestras Reverencias solas la veo agora, que son sus hijas de las más parecidas á sus costumbres, y son retrato vivo de sus escrituras y libros. Los cuales libros, que salen á luz, y el Consejo Real me cometió que los viese, puedo yo con derecho enderezarlos á ese santo convento, como de hecho lo hago, por el trabajo que he puesto en ellos, que no ha sido pequeño. Porque no solamente he trabajado en verlos y examinarlos, que es lo que el Consejo mandó, sino también en cotejarlos con los originales mismos, que estuvieron en mi poder muchos días, y en reducirlos á su propia pureza, en la misma manera que los dejó escritos de su mano la Madre, sin mudarlos, ni en palabras, ni en cosas, de que se habían apartado mucho los traslados que andaban, ó por descuido de los escribientes, ó por atrevimiento y error. Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho, en quien Dios vivía, y que se presume le movía á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo, querer eumendar las palabras: porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe, antes que acabe la razón que comienza, la mezcla con otras razones, y rompe el hilo, comenzando muchas veces con cosas que ingiere; mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura, y es el lunar del refrán. Ansí que yo los he restituido á su primera pureza.

Mas porque no hay cosa tan buena, en que la mala condición de los hombres no pueda levantar un achaque, será bien aquí, y hablando con Vuestras Reverencias, responder con brevedad á los pensamientos de algunos. Cuéntanse en estos libros revelaciones, y trátanse en ellos cosas interiores, que pasan en la oración, apartadas del sentido ordinario; y habrá por ventura quien diga en las revelaciones, que es caso dudoso, y que ansí no convenía que saliesen á luz: y en lo que

toca al trato interior del alma con Dios, que es negocio muy espiritual, y de pocos, y que ponerlo en público á todos, podrá ser ocasión de peligro. En que verdaderamente se engañan. Porque en lo primero de las revelaciones, ansí como es cierto que el demonio se transfigura algunas veces en ángel de luz, y burla y engaña las almas con apariencias fingidas, ansí también es cosa sin duda y de fe, que el Espíritu santo habla con los suyos y se les muestra por diferentes maneras, ó para su provecho, ó para el ajeno. Y como las revelaciones primeras no se han de escribir, ni curar, porque son ilusiones, ansí estas segundas merecen ser sabidas y escritas. Que como el Angel dijo á Tobias (Tob., cap. xii, v. 7): *El secreto del Rey bueno es esconderlo, mas las obras de Dios, cosa santa y debida es manifestarlas, y descubrirlas.* ¿Qué santo hay que no haya tenido alguna revelación? ¿O qué vida de santo se escribe, en que no se escriban las revelaciones que tuvo? Las historias de las Ordenes de los santos Domingo, y Francisco, andan en las manos y en los ojos de todos; y casi no hay hoja en ellas sin revelación, ó de los fundadores, ó de sus discípulos. Habla Dios con sus amigos sin duda ninguna, y no les habla para que nadie lo sepa, sino para que venga á luz lo que les dice, que como es luz, ámala en todas sus cosas; y como busca la salud de los hombres, nunca hace estas mercedes especiales á uno, sino para aprovechar por medio de él á otros muchos.

Mientran se dudó de la virtud de la santa Madre Teresa, y mientras hubo gentes que pensaron al revés de lo que era, porque aún no se veía la manera en que Dios aprobaba sus obras; bien fué que estas historias no saliesen á luz, ni anduviesen en público, para excusar la temeridad de los juicios de algunos. Mas agora después de su muerte, cuando las mismas cosas, y el suceso de ellas, hacen certidumbre que es Dios; y cuando el milagro de la incorrupción de su cuerpo, y otros milagros que cada dia hace, nos ponen fuera de toda duda su santidad, encubrir las mercedes que Dios le hizo viviendo, y no querer publicar los medios con que la perfeccionó para bien de tantas gentes, sería en cierta manera hacer injuria al Espíritu santo, y oscurecer sus maravillas, y poner velo á su gloria. Y ansí ninguno que bien juzgue, tendrá por bueno que estas revelaciones se encubran.

Que lo que algunos dicen, ser inconveniente que la Madre misma escriba sus revelaciones de sí; para lo que toca á ella, y á su humildad, y modestia, no lo es, porque las escribió mandada y forzada; y para lo que toca á nosotros, y á nuestro crédito, antes es lo más conveniente. Porque de cualquier otro que las escribiera, se pudiera tener duda si se engañaba ó si quería engañar; lo que no se puede presumir de la Madre que escribía lo que pasaba por ella: y era tan santa, que no trocara la verdad en cosas tan graves. Lo que yo de algunos temo es, que desgustan de semejantes escrituras, no por el engaño que puede haber en ellas, sino por el que ellos tienen en sí, que no les deja creer que se humana Dios tanto con nadie; que no lo pensarían, si considerasen eso mismo que creen. Porque si confiesan que Dios se hizo hombre, ¿qué dudan de que hable con el hombre? Y si creen que fué crucificado y azotado por ellos, ¿qué se espantan que se regale con ellos? ¿Es más aparecer á un siervo suyo y hablarle, ó hacerse él como siervo nuestro, y padecer muerte? Animense los hombres á buscar á Dios por el camino que él nos enseña, que es la fe, y la caridad, y la verdadera guarda de su ley y consejos; que lo ménos será hacerles semejantes mercedes. Así que los que no juzgan bien de estas revelaciones, si es porque no creen que las hay, viven en grandísimo error; y si es porque algunas de las que hay son engañosas, obligados están á juzgar bien de las que la conocida santidad de sus autores aprueba por verdaderas, cuales son las que se escriben aquí.

Cuya historia no sólo no es peligrosa en esta materia de revelaciones, mas es provechosa y necesaria para el conocimiento de las buenas en aquellos que las tuvieron. Porque no cuenta desnudamente las que Dios comunicó á la Madre Teresa, sino dice también las diligencias que ella hizo para examinarlas, y muestra las señales que dejan de sí las verdaderas, y el juicio que debemos hacer de ellas, y si se ha de apetecer ó rehusar el tenerlas. Porque lo primero, esta escritura nos enseña que las que son de Dios, producen siempre en el alma muchas virtudes, así para el bien de quien las recibe, como para la salud de otros muchos. Y lo segundo, nos avisa que no habemos de gobernarnos por ellas, porque la regla de la vida es la doctrina de la Iglesia, y lo que tiene Dios reve-

lado en sus libros, y lo que dicta la santa y verdadera razón. Lo otro, nos dice que no las apetezcamos, ni pensemos que está en ella la perfección del espíritu, ó que son señales ciertas de la gracia; porque el bien de las almas está propiamente en amar á Dios más, y en el padecer más por él, y en la mayor mortificación de los afectos, y mayor desnudez, y desasimiento de nosotros mismos, y de todas las cosas. Y lo mismo que nos enseña con las palabras aquesta escritura, nos lo demuestra luego con el ejemplo de la misma Madre, de quien nos cuenta el recelo con que anduvo siempre en todas sus revelaciones, y el examen que de ellas hizo, y cómo siempre se gobernó, no tanto por ellas, cuanto por lo que le mandaban sus prelados y confesores, con ser ellas tan notoriamente buenas, cuanto mostraron los efectos de reformación que en ella hicieron, y en toda su Orden. Así que las revelaciones que aquí se cuentan, ni son dudosas, ni abren puerta para las que lo son, antes descubren luz para conocer las que lo fueren, y son para aqueste conocimiento, como la piedra del toque, estos libros.

Resta agora decir algo á los que hallan peligro en ellos, por la delicadeza de lo que tratan, que dicen no es para todos. Porque como haya tres maneras de gentes, unos, que tratan de oración, otros, que si quisiesen, podrían tratar de ella, otros, que no podrían, por la condición de su estado, pregunto yo: ¿Cuáles son los que de estos peligran? ¿Los espirituales? No, sino es daño saber uno eso mismo que hace y profesa. ¿Los que tienen disposición para serlo? Mucho menos, porque tienen aquí, no solo quien los guie cuando lo fueren, sino quien los anime y encienda á que lo sean, que es un grandísimo bien. Pues los terceros, ¿en qué tienen peligro? ¿En saber que es amoroso Dios con los hombres? ¿que quien se desnuda de todo, le halla? ¿los regalos que hace á las almas? ¿la diferencia de gustos que les da? ¿la manera cómo los apura y afina? ¿Qué hay aquí, que sabido, no santifique á quien lo leyere? ¿que no crie en él admiración de Dios, y que no le encienda en su amor? Que si la consideración de estas obras exteriores que hace Dios en la creación y gobernación de las cosas, es escuela de común provecho para todos los hombres, el conocimiento de sus maravillas secretas, ¿cómo puede ser

dañoso á ninguno? Y cuando alguno, por su mala disposición, sacara daño, ¿era justo por eso cerrar la puerta á tanto provecho, y de tantos? No se publique el Evangelio, porque en quien no le recibe, es ocasión de mayor perdición, como San Pablo decía (Ad Philip., cap. 1, v. 28). ¿Qué escrituras hay aunque entren las sagradas en ellas, de que un ánimo mal dispuesto no pueda concebir un error? En el juzgar de las cosas, débese atender á si ellas son buenas en sí, y convenientes para sus fines, y no á lo que hará de ellas el mal uso de algunos; que si esto se mira, ninguna hay tan santa, que no se pueda vedar. ¿Qué mas santos que los Sacramentos? ¿Cuántos por el mal uso de ellos se hacen peores? El demonio, como sagaz y que vela en dañarnos, muda diferentes colores, y muéstrase en los entendimientos de algunos recatado, y cuidadoso del bien de los prójimos, para por excusar un daño particular, quitar de los ojos de todos lo que es bueno y provechoso en común. Bien sabe él que perderá más en los que se mejoraren y hicieren espirituales perfectos, ayudados con la lección de estos libros, que ganará en la ignorancia ó malicia de cual ó cual, que por su indisposición se ofendiere. Y así, por no perder aquellos, encarece y pone delante los ojos el daño de aquéstos que él, por otros mil caminos, tiene dañados. Aunque, como decía, no sé ninguno tan mal dispuesto, que saque daño de saber que Dios es dulce con sus amigos, y de saber cuán dulce es, y de conocer por qué caminos se le llegan las almas; á que se endereza toda aquesta escritura.

Solamente me recelo de unos, que quieren guiar por sí á todos, y que aprueban mal lo que no ordenan ellos, y que procuran no tenga autoridad lo que no es su juicio. A los cuales no quiero satisfacer, porque nace su error de su voluntad, y así no querrán ser satisfechos; mas quiero rogar á los demás que no les den crédito, porque no le merecen. Sola una cosa advertiré aquí, que es necesario se advierta, y es que la santa Madre, hablando de la oración (1) que llama de quietud, y de otros grados más altos, y tratando de algunas particulares mercedes que Dios hace á las almas en muchas partes de estos

(1) Camino de la Perfección, cap. iv.

libros, acostumbra decir que está el alma junto á Dios, y que ambos se entienden, y que están las almas ciertas que Dios les habla, y otras cosas de esta manera. En lo cual no ha de entender ninguno que pone certidumbre en la gracia y justicia de los que se ocupan en estos ejercicios, ni otros ningunos, por santos que sean, de manera que ellos estén ciertos de sí que la tienen, sino son aquellos á quien Dios lo revela. Que la Madre misma, que gozó de todo lo que en estos libros dice, y de mucho más que no dice, escribe en uno de ellos estas palabras de sí (1): «Y lo que no se puede sufrir, Señor, es no poder saber cierto si os amo, y si son acetos mis deseos delante de Vos.» Y en otra parte (2): «Mas ¡ay! Dios mio, ¿cómo podré yo saber cierto, que no estoy apartada de Vos? ¡Oh vida mia, que has de vivir con tan poca seguridad de cosa tan importante! ¿Quién te descará? Pues la ganancia que de ti se puede sacar ó esperar, que es contentar en todo á Dios, está tan incierta y llena de peligros?» Y en el libro de *Las Moradas* (3), hablando de las almas que han entrado en la séptima, que son las de mayor y más perfecto grado, dice de esta manera: «De los pecados mortales que ellas entiendan estar libres, aunque no seguras, que ternán algunos que no entienden, que no les será pequeño tormento.» Sólo quiere decir, lo que es la verdad, que las almas en estos ejercicios sienten á Dios presente para los efectos que en ellas entonces hace, que son deleitarlas, y alumbrarlas, dándoles avisos y gustos. Que aunque son grandes mercedes de Dios, y que muchas veces, ó andan con la gracia que justifica, ó encaminan á ella; pero no por eso son aquella misma gracia, ni nacen, ni se juntan siempre con ella. Como en la profecía se ve, que la puede haber en el que está en mal estado. El cual entonces está cierto de que Dios le habla, y no sabe si le justifica; y de hecho no le justifica Dios entonces, aunque le habla y le enseña.

Y esto se ha de advertir cuanto á toda la doctrina es común, que en lo que toca particularmente á la Madre, posible es que después que escribió las palabras que agora yo referia,

(1) Camino de Perf., cap. XLII. (3) Morada 7, cap. últ.
(2) Exclam. i.

tuviese alguna propia revelación y certificación de su gracia. Lo cual, así como no es bien que se afirme por cierto, así no es justo que con pertinacia se niegue; porque fueron muy grandes los dones que Dios en ella puso, y las mercedes que le hizo en sus años postreros, á que aluden algunas cosas de las que en estos libros escribe. Mas de lo que en ella por ventura pasó por merced singular, nadie ha de hacer regla en común. Y con este advertimiento queda libre de estropiezo toda aquesta escritura. Que según yo juzgo y espero, será tan provechosa á las almas, quanto en las de Vuestras Reverencias, que se criaron y se mantienen con ella se ve. A quien suplico se acuerden siempre en sus santas oraciones de mí. En San Felipe de Madrid á 15 de Setiembre de 1587.



APOLOGÍA

DEL P. M. FR. LUIS DE LEON,
CATEDRÁTICO DE ESCRITURA
DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA (1).

Donde muestra la utilidad, que se sigue á la Iglesia, en que las Obras de la B. Madre Teresa de Jesus, y otras semejantes, anden impresas en lengua vulgar.

De los libros de la B. M. Teresa de Jesús, que el año pasado se imprimieron, y extendieron por toda España, algunos, según he oido, ó por no saber más, ó por parecer que saben, ó por otros respetos de emulación, han hablado menos bien que debían. Y quanto á la verdad de la doctrina, no sé que hayan puesto falta; sólo ponen inconveniente en su lección por tres títulos y razones. Una, porque enseñan la oración que llaman de unión, que dicen no es bien enseñarla, y no dicen por qué. Otra, porque tienen algunas cosas oscuras para ser entendidas generalmente de todos. La tercera, porque la B. M. Teresa cuenta en ellos muchas revelaciones que tuvo: á que responderé con brevedad.

Y á lo primero de la oración de unión, para que se vea ser calumnia, presupongo, que oración de unión es una suspensión del alma en Dios, que acaece, cuando estando uno

(1) Publicó esta Apología el P. Fr. Tomás de Jesús, Carmelita descalzo, á la pág. 17 de su obra, *Compendio de los grados de Oración*, etc. impresa por Luis Sanchez, en Madrid, año de 1615. Donde previene, que el M. Fr. Luis de León hizo esta Apología, después de la Epístola dedicatoria á las Obras de Santa Teresa, *contra algunos, que con más celo, que fuera razón, tenían por inconveniente, que libros de tan subida doctrina, y otros semejantes, anduviesen en lengua vulgar.*